La guerra civil, memoria y olvido*

La presencia contemporánea de España en la historia universal ha sido de carácter bélico. Así ocurrió en los inicios del XIX con la cruzada antinapoleónica y cuando los ecos románticos, que la francesada con tanta intensidad produjera, comenzaban a extinguirse, una nueva contienda volvió a proyectar a nuestro país en el primer plano de la actualidad mundial, dando lugar a una literatura no tan rica estéticamente como la del conflicto contra Bonaparte, aunque sí tan nutrida y percutiente.

A fines del novecientos otro episodio ha devuelto a España popularidad y halo universales. Cuando desde diversos miradores extranjeros –cancillerías, medios de información, universidades, sindicatos, etcétera–, penetrados de la memoria traumática que los acontecimientos de 1808 y 1936 depositaran en la conciencia colectiva de Occidente, se observaba con indudable morbosidad la salida del largo régimen franquista, los españoles se ganaron a pulso la admiración de todas las gentes de buena voluntad, gozosamente asombradas de la solución dada por nuestro pueblo al siempre difícil tránsito de un poder autoritario a una situación democrática. Si grandes fueron las reservas, mayores serían los aplausos una vez pasada la página de este capítulo decisivo de la historia española, convertido también –de ahí, su resonancia– en coyuntura crucial de un gran número de naciones, pequeñas y grandes, que en este fin de siglo se hallan enfrentadas con el mismo desafío al que los españoles dieron satisfactoria respuesta.

Así, pues, no ofrece nada de sorprendente la caudalosa bibliografía provocada ya por la interpretación y análisis del proceso configurador de la España finisecular. Por la originalidad del enfoque, lo riguroso del planteamiento y lo agudo y matizado de las conclusiones bien puede decirse que la obra de Aguilar Fernández constituirá en adelante una sólida e indispensable referencia.

Como estudia la autora con tino y documentación, el recuerdo, ya que hablar del fantasma de la guerra civil sería excesivo a todas luces, gravitó con fuerza sobre la transición hasta erigirse en uno de los principales elementos movilizadores de su actividad junto al ideal de libertad y democracia. Muy discutiblemente, la autora amengua la trascendencia de este último en beneficio de un alicorto pancismo de la sociedad hispana, en buena parte de raíz franquista. La propaganda de la dictadura al enfatizar los logros de la paz civil y del desarrollismo y demonizar al

* *Pilar Aguilar Fernández,* Memoria y olvido de la guerra civil, *Madrid, Alianza, 1996, 435 págs.*

régimen republicano que condujo a la contienda fratricida, daría lugar a tal estado de ánimo. Sin disentir nuclearmente de una de las más importantes tesis de la obra, cabe, empero, discrepar parcialmente de su valoración.

Desmovilizada la opinión pública e, incluso, anestesiada durante largos años, su cultura política era muy escasa, pero nucleada en torno a un elemento en el que cabía depositar toda suerte de esperanzas de afrontar sin pánico el desafío de la transición. Cualquier senda que implicase un remoto peligro de agrietar la convivencia nacional no aquistaría ningún apoyo de capas o instituciones esenciales de la sociedad española. El nefasto recuerdo de la guerra civil era la principal señal de identidad de las generaciones sobre las que recaerían las mayores responsabilidades del tránsito hacia la completa instauración de la democracia, al propio tiempo que un punto de conciencia básico con el pacifismo visceral de los sectores juveniles. Superada, por asimilación, la guerra civil en el sector más numeroso de la población, la inmensa tragedia seguía emitiendo el aleccionador mensaje de las consecuencias acarreadas por el fanatismo y la intransigencia así como por la irresponsabilidad de algunos de los líderes políticos y sociales de los años treinta. Nada –insistiremos– que ni remotamente pudiera traer al recuerdo la coyuntura de aquellas fechas obtendría el beneficio de una comunidad pautada ya por normas y moldes de vida muy similares a los de las colectividades más desarrolladas de Occidente. Cualquier postura o movimiento que no partiera de la idea-clave del diálogo y la moderación serían inmediatamente abandonado por los elementos mayoritarios del cuerpo social.

La crítica de algunas posiciones de la obra glosada no invalida, naturalmente, el valor de sus hipótesis y lo plausible de algunas de sus conclusiones. Estas alcanzan tras recorrer un territorio historiográficamente muy abrupto. El terreno de la memoria individual y colectiva es de muy ardua roturación, pese a acampar en él con frecuencia tribus de gentes intonsas y hasta salvajes... Su invasión por el didactismo y la historia ciceroniana en su más deturpada acepción, cubre de ordinario la memoria y sus lugares. El podador –la podadora, en este caso– de su yedra presta siempre un meritorio servicio al avance de Clío.

J.M. Cuenca Toribio

Las tres Sylvias

Una compartible impresión produce la lectura de los diarios de Sylvia Plath (edición expurgada de Frances Mac Cullough, con el ase-